

Noticia

Presentación del primer número de Orbis Tertius

El 18 de abril de 1996, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, presentamos formalmente el número 1 de esta revista, a la vez que celebramos su aparición. En esa oportunidad hicieron uso de la palabra el director de Orbis Tertius y el decano de la Facultad.

Palabras de Hugo Cowes, director de Orbis Tertius

Es indudable, como todos sabemos, que en la crítica y en la teoría lo mismo que en la filosofía del lenguaje ha acontecido en el siglo XX una revolución epistemológica.

Revolución epistemológica que es habitualmente desconocida en la práctica crítica y aun en la teórica.

Una de las maneras que creo más eficaz de enfrentar esta revolución epistemológica es mostrarla como una superación de la filología positivista.

Según Paul Standish, la filología positivista cree que “el lenguaje es un espejo de la naturaleza. La función del lenguaje es designativa, una palabra es fundamentalmente una etiqueta dirigida a un objeto”.

En la Argentina, desde los trabajos teóricos y de investigación concreta del Instituto de Filología que dirigió Amado Alonso, acontece una envidiable tradición en este sentido.

Alonso, en “La interpretación estilística de los textos literarios”, relaciona los dos ámbitos que aquí nos interesan: la filología positivista y los estudios literarios. “El estudio tradicional de las obras literarias —sostiene Alonso— ha sido de carácter filológico [...] el estudio de todo cuanto es necesario conocer para la recta interpretación de un texto literario” [...] “Lo único que la crítica tradicional deja de lado son los valores específicamente poéticos”.

Y en “Carta a Alfonso Reyes sobre la estilística” completa su pensamiento: “Lo primero, por orden de exposición, es que el nombre de *estilística* enuncia que se quiere llegar al conocimiento íntimo de una obra literaria... por el estudio de su estilo” (op. cit., p. 96). El sintagma clave es, por supuesto, “conocimiento íntimo”.

En forma similar, y casi contemporánea, se pronuncian el formalismo ruso con su noción de *literariedad* y el Criticismo Anglosajón con su noción de *close reading* que parece la traducción del “conocimiento íntimo” indicado por Alonso.

Esta revolución se proyecta sobre todo el siglo XX.

Es muy conocida, y creo que se aceptará inmediatamente, la tradición que organiza el formalismo ruso, el formalismo checo, el estructuralismo francés, la semiótica, hasta llegar a la deconstrucción de Derrida.

Quizá no sea aceptada tan fácilmente una tradición que parta de la estilística y del Criticismo Anglosajón hasta la deconstrucción.

He trabajado este problema en un ensayo que aparecerá inmediatamente en la Universidad de Sevilla. Sólo puedo aportar ahora un texto del mismo Derrida que apoya mi tesis: “la tradición de la Nueva Crítica Anglosajona —dice Derrida— con el gusto por el *close reading*, algo que también es deconstrucción. ¿No es así?”

Como he indicado, el *close reading*, “el conocimiento íntimo de la obra literaria” son sinónimos, lo mismo que la literariedad y valores específicamente poéticos.

Conviene recordar que Derrida realiza esta indicación cuando está mostrando toda la tradición histórica que concluye en la deconstrucción. El formalismo anglosajón pertenecería, pues, a esa historia, según el mismo Derrida.

Otra manera de enfrentar esta revolución epistemológica es refiriéndola al giro lingüístico, al *linguistic turn* que invierte la relación referente-palabra.

Heidegger cita a Stephan George: “no hay ninguna cosa donde falta la palabra”. La palabra no es la etiqueta de la cosa sino su causa.

Y Heidegger comenta: “Sólo cuando se ha encontrado la palabra para la cosa, es ésta una cosa. Sólo entonces es [...]. La palabra es la que proporciona el ser a la cosa”, pues “algo es sólo cuando la palabra apropiada [...] nombra algo como siendo, y de este modo funda un ente correspondiente en cuanto tal [...]. El ser de todo aquello que es habita en la palabra. Por ello es válido el principio: el lenguaje es la casa del ser”.

Pero esta inversión no se da sólo en la alta poesía y en la metafísica, sino en zonas más inmediatas de la realidad.

Así en el historiador francés George Duby, uno de los más prestigiosos de la actualidad, para encarar la zona de realidad que parece más concreta, sostiene: “No hay hechos. Sólo hay documentos, más documentos, más documentos y así hasta el infinito”.

Para volver a la filosofía, ya Nietzsche afirmó: “No hay hechos sino valores”. Y desde la semántica Barthes manifestó: “No hay hechos sino sentidos”.

Este análisis del texto como texto, y en la literatura el análisis de la literariedad, de los valores específicamente poéticos, del *close reading*, ocasionó consecuencias muy fecundas. Pero introdujo una nueva carencia.

Al eliminar la historia positivista, los estudiosos eliminaron la historia sin más, y apareció la crítica inmanente, donde la historia no funciona. Juri Lotman ha reaccionado enérgicamente contra esa posición: “la obra de arte —dice Lotman— tomada *en sí misma* sin un determinado contexto cultural, sin un determinado sistema de códigos culturales, es semejante a un epitafio en una lengua incomprensible”.

Muchos estudiosos, sin citar a Lotman, adoptan esta posición. Por ejemplo el profesor Robert Carr, en su libro *Nominalismo y realismo en Borges*. En uno de sus párrafos leemos: “En este capítulo mostraré cómo la concepción del ser en Borges se corresponde con la ciencia contemporánea”.

Más adelante, tratando de la paradoja en el discurso de Borges, la compara con Nietzsche, Cantor, Bertrand Russell, Kurt Gödel, Alfred Tarski. Luego agrega que la paradoja en Borges dialoga con la lógica cuántica, la teoría de la relatividad, con el dadaísmo, con otros ismos, con el discurso de Derrida, Marcel Duchamp, Salvador Dalí, Kafka, Beckett, Ionesco y Pirandello.

¿Se trata, entonces, de que volvemos a la historia como la vieja filosofía positivista? Se trata de lo mismo y no se trata de lo mismo.

Juri Lotman nos acerca aquí también la solución. Lotman sostiene que la significación literaria “no puede separarse de las particularidades estructurales de los textos artísticos”. Se trata de la historia pero se mantiene, para usar sólo la palabra más conocida, la literariedad.

Se trata, además, de otra historia. Una historia que no usa las palabras como etiquetas, como quedó determinado en la cita de Georges Duby. Y como aparece en los textos de Hayden White. White, por lo demás, dialoga con Barthes, con Derrida y con Ricoeur.

En *El contenido de la forma* White analiza una crónica del siglo XII como Julia Kristeva analiza un texto de Mallarmé.

Esta vinculación de la literatura con la historia no es arbitraria, ni nueva. Ya, como es sabido, Aristóteles compara la tragedia con la epopeya y mantiene la vieja distinción: la tragedia cuenta los hechos como debieran ser, la historia como sucedieron.

El Quijote mantiene constantes referencias a la historia. Walpole, por su parte, comenta: “La novela es una historia en la que no creemos. La historia es una novela en la que creemos”. Y Miguel de Unamuno: “Es indudable que un libro de historia puede no contener un solo dato falso, ni referente equivocado, y ser, sin embargo, una pura mentira en su conjunto y que por el contrario, puede darnos un fiel reflejo de la verdad, y estar plagado de inexactitudes”.

Carlos Marx, que no se caracteriza por afirmar la irrealidad, sostiene que en las novelas de Balzac ha aprendido más de la economía y de la historia de la Francia de la primera mitad del siglo XIX, que en muchos historiadores, economistas y antropólogos.

Hace unos años nos reunimos varios profesores del departamento de Letras para ver cómo podíamos cooperar con esta revolución epistemológica. Más o menos, creo, los que formamos la comisión científica del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. De aquella reunión surgieron el Centro y la revista, con la ayuda de muchos de los integrantes del Departamento de Letras. No estamos solos en la tarea. Así como indiqué un grupo de especialistas que trabajaron adecuadamente entre 1930 y 1943, en 1960 comenzaron a trabajar varios estudiosos que forman una élite intelectual argentina de primera categoría. No citaré nombres porque estoy seguro de que ustedes están pensando en ellos.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALONSO, Amado. *Materia y forma en poesía*. Madrid, Gredos, 1955.
- BARTHES, Roland. *El grado cero de la escritura*. México, Siglo XIX, 1986.
- BORGES, Jorge Luis. "Pierre Menard. Autor del Quijote". *Ficciones, Obras Completas*. Buenos Aires, Emecé, 1989.
- CARR, Robert. *Nominalismo y realismo en Borges*. Oxford, 1993.
- DERRIDA, Jacques. Reportaje en *Revista de Occidente*. Julio-agosto, 1985.
- DEMETZ, Peter. *Marx, Engels and the poets*. University Chicago Press, 1967.
- DUBY, Georges. "Historia social e ideología de las sociedades" en Jacques Le Goff: *Hacer la historia*. Barcelona, 1978.
- ELIOT, T. S. "Función social de la poesía". *Sobre la poesía y los poetas*. Buenos Aires, Sur, 1959.
- LYOTARD, Jean François. *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Planeta, 1987.
- MARX, Carlos. *Escritos sobre literatura*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- STANDISH, Paul. *Beyond the self. Wittgenstein, Heidegger and the limits of language*. Averbury, Series in Philosophy, 1992.
- WHITE, Hayden. *Metahistory*. Baltimore, John Hopkins University Press, 1977.

Palabras de José Luis de Diego

Mis palabras serán seguramente menos interesantes que las de nuestro director Hugo Cowes. Mi situación aquí es algo incómoda ya que soy un miembro del Centro, autor de un trabajo en el texto que presentamos, pero he sido invitado a hablar como Decano de la Facultad, de modo que no sé bien en qué carácter lo haré.

Me situaré, en primer lugar, en la perspectiva de lector de la publicación que nos convoca. Este primer número de *Orbis Tertius* es muy bueno, y voy a tratar de explicar por qué creo que es muy bueno. Las publicaciones de teoría o de crítica literaria suelen exponerse a dos riesgos recurrentes. El primero es el que llamaremos de “los difusores de teorías”; artículos en los que se comenta de un modo más o menos escolar y acrítico lo que escribió algún teórico reconocido; se disfraza de artículo lo que no es más que una reseña. Sabemos que el artículo no es un límite; hay libros enteros contruidos de esa manera. El segundo riesgo es el de “los aplicadores de métodos”. Aquí ya no nos referimos a los estudios de teorías, sino a las variadas formas del análisis textual: dado un método consagrado, aplicarlo a casos relativamente localizados. Si uno se sitúa en una posición crítica con relación a estos dos riesgos, entonces el desafío es grande y el trabajo mayor. Este es el camino que recorre *Orbis Tertius*. *Sus artículos o bien construyen o bien discuten teorías consagradas, van luego al texto, exhiben la dificultad del trabajo crítico, y las categorías teóricas resultan enriquecidas por nuevas significaciones (cfr. parodia en el trabajo de Amícola, canon en el de Jitrik)*. Así, las palabras que evocamos dejan de correr por separado e imbrican sus sentidos: no hay teoría sin una crítica de la teoría; no hay crítica sin una teoría de la crítica.

En segundo lugar, hablaré como Decano, y debo hablar de un crecimiento que nos sorprendió a todos. Hace poco más de un año Hugo Cowes me interrogaba desesperanzado sobre la suerte que correría el proyecto de la creación del Centro. Hoy el Centro existe: tiene una oficina, tiene una secretaria, tiene una publicación de buen nivel; ha proyectado la organización de seminarios de posgrado —como el que estará a cargo de María Teresa Gramuglio— y coorganizará con Buenos Aires el Congreso en homenaje a Rubén Darío que se realizará en los primeros días de agosto. En este punto es menester realizar un reconocimiento público. Hace casi ocho años yo era designado Secretario Académico de la Facultad. Aún se vivían los ecos de la reorganización de la Facultad después de los años de la dictadura, y había profesores más o menos conservadores y localistas que nos reprochaban la incorporación de profesores de otros lugares en la búsqueda del mejoramiento del nivel de la carrera. “Son aves de paso, decían, vienen a hacer antecedentes y después se van”. Sin embargo, a pesar de salarios magros y del cotidiano purgatorio del viaje a La Plata, las “aves de paso” todavía están con nosotros. Son quienes —con enorme generosidad— dirigen nuestros proyectos de tesis, a los grupos de investigación en el Programa de Incentivos, a nuestros becarios de iniciación, perfeccionamiento y formación superior. Me refiero a Hugo Cowes, Susana Zanetti, José Amícola y Jorge Panesi. Todos nosotros tenemos, creo, una deuda de gratitud para con ellos.

Por último, unas pocas palabras sobre el título de la publicación en el cual, como es sabido, no tuve nada que ver, pero al que adherí con entusiasmo. El título nos obliga, o bien nos convoca, a la elaboración, de un trabajo crítico *situado*. Como alguna vez lo dijo Nicolás Rosa: “Si es posible importar saberes técnicos sobre los que apoyar la reflexión teórica, es imposible generar un discurso crítico fuera del entramado social donde se ejerce”. El desafío entonces es que en nuestro futuro trabajo crítico podamos asumir las marcas de ese entramado social que nos provoca y nos compromete.